

Alas bajo la nieve

Miré por la ventana. El silencio caía en pesados y lentos copos desde un cielo plomizo, amordazando de blanco todo lo visible y quién sabe qué más. Después, como si se divertiera con mi asombro, empezó a desgranarse, delgado y rápido, como una risa continua, incontenible y sofocada.

En unas horas la nieve había tapizado los espacios abiertos, se acumulaba sobre los techos y delineaba torpemente las ramas y las copas de los árboles. Se había instituido el reinado de la inocencia fantasmal, y no había poste, ni piedra, ni objeto abandonado que no mostrara una corona blanca. Era la primera vez que nevaba en La Pampa. Ni en la memoria más antigua, en esa donde el viento soplaba sobre inmensas extensiones de aridez y soledad, había un solo despertar con guardas blancas.

A las tres de la tarde, rodeados por un color de atardecer levemente azulado, color de luna escondida en todas partes, salimos con papá y María de las Nieves. Envueltos en abrigo y pieles, con polainas, guantes, gorros tejidos y profusión de bufandas, nos internamos en la blancura impresionante, la blancura que pregunta y sentencia de manera inapelable, como esta misma página. ¿Qué sucederá? ¿Qué podrá aparecer aquí? Nada, nada más que el suspenso; un ala blanca que planea sobre el silencio.

En cuanto salí toqué y probé la nieve. No sabía ni a nube. La miré bien de cerca. No tenía cristales. Ninguna maravilla, como esas perfecciones estrelladas, esas extraordinarias transparencias que había visto en algún libro y que hubiera querido pegar en todas las ventanas. ¿Habrá muchas nieves? «Sí, hay muchas —te contesto desde allá, niñita—; muchas nieves distintas caerán sobre tu corazón y tu cabeza; muchas te bloquearán las puertas y el camino, y alguna gran nevada, tal vez la más sombría, borrará tu jardín.»

—No hay cristales —me quejé tristemente a las sombras frías, a nadie.

Laura y yo íbamos delante, hundiendo a fondo los zapatones en la densa blandura, tanteando el suelo helado, como si oyéramos con los pies. Todo era extraño, casi irreconocible; parecía una proyección de otro momento, de otro sitio; hasta nosotras mismas, enmascaradas de pronto por el más intenso y sorprendente invierno.

—¿Quién eres? ¿Quién soy? —pregunté, como tantas veces después frente al espejo, frente a una voz que vuelve, frente a algún rostro amado que huyó, que se alejó hasta ser desconocido.

—¿Cuándo? —contestó Laura con esa costumbre de responder a una pregunta con otra pregunta inadecuada.

—El 6 de agosto de 1952, a las seis de la tarde. —Ni día, ni año, ni hora son los que menciono, naturalmente.

—A las seis de la tarde, no sé. A las diez de la noche somos dos señoras esquimales que van a un baile de disfraz y fantasía. Vamos ya, el trineo nos espera —dijo al descubrir una carretilla abandonada entre los tamariscos que bordeaban un costado del jardín.

—¡Papá! ¡María de las Nieves! —gritamos varias veces mientras volcábamos el artefacto para quitar la nieve y trepábamos sin la menor vacilación.

—No pretenderán que las llevemos como si fuéramos perros de San Bernardo —protestó María de las Nieves adivinando nuestras intenciones.

Pero ya papá se acercaba y tomaba sonriendo una de las varas, lo cual le decidió a tomar la otra, mirando hacia lo alto.

Fue un espléndido paseo, con muchas sacudidas, con muchos barquinazos y atascamientos y alguna jubilosa caída en la blancura congelada.

Frente al corralón de los Funes, donde empezaba —y aún empieza, sin duda— la cuesta abajo, la carretilla tomó impulso personal, disponiéndose al vuelo. Papá y María de las Nieves corrían al mismo tiempo que trataban de retenerla por las plumas de la cola, es decir, por las varas, para que no se les escurriera de las manos ni los arrastrara en su desenfreno; pero era difícil controlar el paso, detener la fuga y dominar la nieve que les entorpecía los pies.

Desde el interior azul luz de gas de la cantina de Ferreyra, un grupo de parroquianos se precipitó a la puerta para mirarnos y nos aplaudió y nos silbó con entusiasmo. Algunos gritaron «¡Viva!» y se quitaron gorras y sombreros. Otros nos alentaron «¡Adelante! ¡Fuerza!» Alguien exclamó: «¡Primero los blancos!» (alusión directa al partido político que representaba papá). Un oso carolina, puro pelos y pieles, se encasquetó el erizado gorro y sentenció:

—Para abajo siempre es rápido, como en la vida, don.

—Cállate, pedestre. Nosotros tenemos alas —replicó triunfante papá; dio un fuerte envión al aparato y aceleramos a fondo hasta el final, hasta el terreno llano.

—¡Alto! Un descanso reconstituyente para el jefe de la expedición. No se muevan de aquí —dijo papá cuando llegamos a la esquina de la plaza. Nos dejó y entró, restregándose las manos, en el bar *Tokio*, que era en realidad una fábrica de humo, de vahos y de secretos para hombres solos.

Hombres solos y hombres acompañados por hombres de cualquier edad, ya que en ese momento salían Andrés y Bruno, apenas mayores que Laura, escoltando a su primo grande, el apuesto y desacreditado «Sheik», que prolongaba el humo malsano,

los vahos aromáticos y los secretos turbios del salón, y cuyos ojos negros parecían agujerear lo que miraba, tal vez no por maldad, sino por simple naturaleza obturadora. No me voy a detener en las ojeras, ni en la demacración, ni en la levísima, oblicua sonrisa descreída, a veces seductora, a veces lamentable, que marcaban ese rostro intenso y atormentado. Correría el riesgo de quedar atrapada, como alguna otra vez, en los extraños manejos de la atracción y del demonio.

Los mellizos, envanecidos por la compañía del famoso sujeto, giraban como trompos de colores a su alrededor levantando nieve, una polvareda blanca tan espesa como el oleaje de murmuraciones que acompañaba siempre cada paso de ese peligro público.

—Tenemos alas —les comunicó urgentemente Laura.

—Sí, tenemos alas blancas —reforcé la noticia con alegría, aunque inmediatamente tuve ganas de llorar recordando que más de una vez había tenido la sensación de que una pequeña ala, negra y quebradiza, comenzaba a desprenderse de la mitad de mi espalda. Hasta allí llevé la mano; no había nada.

—Tienen alas —notificaron los mellizos a su dañino pariente.

—Ya lo veo —contestó lentamente, arrojando humo con marcada indolencia—. Y hay una que tiene más —y fijó a fondo su oscura perforadora en la cara de María de las Nieves, mientras se le acercaba de manera sinuosa, avasalladora y fatal, como una enfermedad, obligándola a retroceder.

—Hoy es mi día —dijo ella, confundida, y el rubor le aleteó en las mejillas, le hizo entrecerrar los ojos y le desvió la mirada—. Nieve, nieve por todos lados, hasta el carbón es blanco —y tuvo que retroceder dos pasos más.

Él murmuró algo acerca de «me gustaría ser tu noche», y después, más lejos, «nieve carbónica, eso es lo que eres tú», y agregó roncamente «una bendición de nieve y fuego sobre mis negras alas», y continuó avanzando. (¿«Mis negras alas» dijo? ¿Entonces, también él?)

Mientras tanto, Laura intentaba convencer a Bruno y a Andrés de que se comportasen como verdaderos renos y nos llevaran a dar una vuelta en trineo alrededor de la plaza. Yo no la secundaba. Una parte de mí estaba en guardia, atenta a la aparición súbita de esa ala oscura, secreta e invisible, que denunciaba sin duda mi estirpe maldita, como la del Sheik, y la otra mitad estaba en suspenso, pendiente de lo que ocurría entre él y María de las Nieves, cuyo juego de avance y retroceso continuaba ahora a diez pasos largos más allá.

—Vamos —gritó Laura, que había logrado someter a los mellizos y trepó rápidamente a la carretilla, mientras ellos se colocaban delante y tomaban las varas tratando de arrastrarla.

—No, yo no voy. Papá dijo que no nos moviéramos de aquí, y a María de las Nieves ya la movieron— protesté. Y todo me pareció de pronto irremediablemente más inseguro y más triste.

—Bueno, y ahora nos mueven a nosotras. No nos movemos nosotras, ¿no? —contestó con esa clase de argumentos salvadores, erróneos, pero irrefutables, que mantendría

hasta el final. Y enseguida, con esa comprensión con que se adelantaba a los propósitos, cuando quería: —¡Ah! es para ver qué pasa, ¿no? Bah, ella le dirá que tiene novio, que se llama Daniel, que está por llegar de Buenos Aires y que se casarán en octubre. Entonces él la dejará tranquila, volverá al *Tokio*, se emborrachará —en ese punto Andrés y Bruno protestaron. «No», «no», «nunca», «cualquier día»— y se dejará crecer la barba para irse a la Legión Extranjera. Vamos, sube. Se te van a helar los pies.

—No, no voy. No puedo. Tengo los pies tristes, tengo la carretilla triste, tengo la plaza triste y todo lo que tiene alas es muy triste y todos estos son más tristes todavía —dije entre lágrimas señalando hacia Bruno y Andrés y después hacia los otros dos.

—A ella le alegra estar muy triste —explicó Laura. Lo explicó a Andrés, a Bruno, al cielo y al paisaje, futuros testigos de descargo, tal vez para quienquiera que fuere—. ¡En marcha! ¡Rápido! ¡A la Selva Blanca! —ordenó decidida, golpeando las manos, como Sarah Bernhardt al abordar en coche la cerrada espesura de Manaos, y partieron al trote desgarbado desparramando nieve.

Nieve ofensiva, nieve injuriosa, nieve que ya cayó y que se levanta sólo para humillarme, blanco contra lo negro, nieve que no me asiste. Me quedé sola, llorando, sobre un pie, sobre el otro, friccionando un talón con una punta, una punta con un talón, apoyada en un árbol que no me asiste, aunque me presione en el preciso sitio por donde puede aparece el ala oscura y quebradiza y desprenderse sola y caer o volar, ¿hacia dónde? ¿y por qué? ¿Y por qué yo? ¿Cuál será mi pecado? El Sheik debe saber. El habló de lo mismo y yo he visto que a veces le pasa alguna chispa por los ojos alargados, una chispa del fuego tenebroso que lo consume desde adentro, como he oído decir. Que no se le acerque más a ella, ahora; que no la queme con el fuego contagioso.

Miré lo que ocurría, pero no me llegaron las palabras. El estaba de espaldas, ligeramente inclinado hacia adelante, y tanto por el repetido rumor musical de cabalgata, de ataque, de invasión, como por el movimiento envolvente de los hombros y de las manos parecía insistir en algo. Los ojos de María de las Nieves, a quien veía de frente, se detenían en él sólo para hacer más evidente el calculado desdén, el desprecio con que lo alejaba después de un largo parpadeo. ¡Si conocería yo ese gesto! Lo heredaba de mamá y precedía a la impaciencia extremada y a la cólera. Ahora decía «No» con una rotunda rotación de la cabeza que parecía barrer cuanto tenía enfrente. «No» derecha, centro, izquierda. Borrado, derribado, aniquilado todo para todo el mundo. ¿Qué le estaría proponiendo el otro? Huir juntos, tal vez, poner un fumadero de opio en algún país lejano, hay que cruzar pantanos, hay plantas venenosas y flores carnívoras, y hay fieras con rayas y lunares, y él la lleva desmayada sobre el hombro, pero ahora ella sale con el color de la nevada, el color inolvidable, sale en azul, blanco y plateado como en una antiquísima película muda y se parece a Pola Negri y está ojerosa también y muy maquillada, con el pelo alborotado, en la sala de juego llena de humo, con una larguísima boquilla que tal vez sea de ámbar y si es de vidrio debe de tener adentro agua coloreada y más arriba un agujerito por donde se ve